

CAPÍTULO VIII

QUINTILIANO COMO PRECURSOR DE LA TIPOLOGÍA PSICOVERBAL

1. Antecedentes de la cuestión	99
2. Los tipos oratorios en las "Instituciones"	102
3. El orador es un verbomotor	106

CAPÍTULO VIII

QUINTILIANO COMO PRECURSOR DE LA TIPOLOGÍA PSICOVERBAL

1. Antecedentes de la cuestión

Sobre la cuestión de los tipos oratorios, o tipología psicoverbal, los antiguos no han dejado una teoría, pues en general cada orador aprendía mediante sus propias experiencias, ejemplos del pasado y de su época, escuchando además las lecciones orales del retórico, quien no fijaba por la palabra escrita su enseñanza. Algunos griegos y romanos cultivaron el grafismo, enseñaron a escribir el discurso y memorizarlo, procedimiento forzoso cuando el orador habla con demasiado adorno y sometido a las exigencias del estilo. Es verosímil que Protágoras no fuera gráfico, si tenemos en cuenta la base lógica de su plan, propia del verbomotor, quien, vinculando lógicamente las partes del discurso y hablando con la palabra interna y externa hace un discurso mitad preparado, mitad improvisado.

Demóstenes fue un gráfico en sus comienzos; luego de arduos esfuerzos fue verbomotor, aunque rara vez improvisaba. Respecto de Cicerón, tendía al grafismo; pero una índole laboriosa, ejercicios, gran capacidad de diálogo, una copiosa experiencia hicieron de él un orador de muchos recursos. Por eso podía prever preguntas difíciles y responder con éxito en los debates, escribir en su espíritu como se escribe sobre la cera de las tabletas¹.

Como muchos oradores romanos no tenían ninguna preocupación literaria y sus discursos eran sólo un medio para la política, no los escribían, olvidándolos después de pronunciados.

Esto se debe, también, a la escasa preocupación por la forma, que liberaba de la escritura y del repetir de memoria. “Todavía en tiempos de Cicerón —dice Boissier— sorprendió mucho que Hortensio lo hubiera hecho cuando defendió a Mesala. Al concluir el asunto no se ocupaban más de él, y después de bastante tiempo se tuvo la idea de escribir el discurso una vez pronunciado, sea para la instrucción de los que no lo habían escuchado, o sea para conservar su recuerdo en la posteridad”².

En cuanto a las escuelas de los declamadores, allí se hacían ejercicios oratorios de temas frívolos y pueriles, inútiles a las futuras actuaciones en el foro, que sin embargo daban cierta soltura verbal; pero

¹ Véase mi obra *Arte de la persuasión oral*, p. 75.

² Boissier, G., *Tácito*.

muy pronto el discurso trivial fue haciéndose también enfático, debido a la preocupación excesiva por la forma. Semejante discurso requería que los alumnos lo escribieran y memorizaran.

Hay que reconocer que tal procedimiento se usa en el período de la decadencia de la retórica, pues en tiempo de Porcio Latro había ejercicios sobre la base de un plan que los alumnos desarrollaban sin cuidar mucho de la forma. Guiados por aquel retórico mediano, quien sin embargo respetaba la tradición, los alumnos simulaban un proceso judicial, y el fallo era controvertido. En otros asuntos el retórico nombraba dos oradores con sus sendas tesis, y luego intervenían todos, no siempre sujetos a los cánones para estimular la improvisación. También un alumno leía ante la clase algunos fragmentos de obras célebres, y luego venían los comentarios. Sin duda, aquellos ejercicios eran útiles, y las escuelas de declamación ocuparon un lugar relevante en la educación romana hasta la época de su decadencia, en que Tácito, Juvenal, Quintiliano y muchos distinguidos oradores las juzgaron severamente. En los siglos posteriores no encontramos obras sobre tipos oratorios. Por lo tanto, la tipología psicoverbal a nivel científico reconoce un planteo sólo moderno.

En el siglo XIX aparece el libro *La palabra en público*, de Maurice Ajam, quien denuncia los perjuicios del grafismo y enseña el buen procedimiento para desarrollar la capacidad verbal. Su obra contiene una síntesis de las investigaciones y polémicas

sobre el lenguaje interior y sus relaciones con la palabra externa³.

Hay muchos tipos oratorios, pero a nuestros fines mencionamos el gráfico, el visual, el auditivo y el verbomotor. El orador gráfico escribe su pensamiento; el visual lo ve; el auditivo lo oye; el verbomotor lo habla. Estos tipos no se presentan puros, de modo que se determinan por la cualidad predominante. Así, una misma persona puede usar procedimientos de los cuatro tipos, como Cicerón, quien memorizaba y a veces improvisaba; como muchos oradores que escriben partes del discurso y dejan las demás libradas a la improvisación; como otros que saben escuchar y repiten lo que escucharon.

2. Los tipos oratorios en las “Instituciones”

En esta cuestión a Quintiliano hay que considerarlo un precursor, porque sus *Instituciones* mencionan los tipos oratorios observados por él y enseñan sobre sus características.

Parece aconsejar que se escriba el discurso antes de pronunciarlo, estimulando al gráfico, lo cual conviene aclarar junto con su expresión: “El escribir es fuente de decir”. Recomienda los ejercicios de escritura porque “en el escribir se contienen como las raíces y fundamentos de la elocuencia; allí están escondidas las riquezas como en cierto erario sagrado,

³ Véase mi obra, *Arte de la persuasión oral*, p. 73 y siguientes.

para sacarlas de allí también en las urgencias repentinas cuando la necesidad lo pide”⁴.

Yo creo que nuestro preceptista aconseja escribir continuamente, pero no escribir un discurso para pronunciarlo a corto plazo. Escribir diariamente aclara los conceptos, da precisión a las ideas, logra calidad y belleza de la forma, mejora el estilo, crea el hábito de la concentración mental, sirve al orden y fijación de los materiales para la propia cultura y los discursos. Constituye uno de los requisitos de la formación oratoria, cuyo programa resume Francis Bacon: “La lectura hace completo al hombre; la conversación le hace listo, y el escribir, exacto”. Escribir, meditar, hablar, escuchar requiere tiempo, no poco cuando lo hacemos con vistas al propio acervo cultural, que nos prepara para los discursos en un futuro más o menos lejano. Pero si escribimos un discurso que hayamos de pronunciar a breve plazo, nos faltará el tiempo para liberarnos del texto y caeremos en la memorización.

Ciertamente Quintiliano no es un apóstol del grafismo. Él quiere decir que si un gráfico no puede preparar un discurso sin escribir, que escriba; pero continuarán sus esfuerzos hasta eliminar el grafismo mediante los procedimientos que aquél enseña sobre el decir de repente, o la improvisación, un resultado a través del ejercicio diario.

“Unas cosas hay —dice— que perciben más quienes leen y otras quienes oyen. Quien dice mueve con el aliento y pone fuego, no con la imagen y contorno

⁴ *Instituciones*, X, cap. III, 1.

de las cosas, sino con las cosas mismas”⁵. Se refiere a los visuales y auditivos. Al hablar de la memoria presiente las relaciones del visual con el memorizador. “A todos aprovechará mucho aprender de memoria por lo mismo que se ha escrito. Porque el que dice asemejándose a uno que va leyendo, sigue a la memoria por ciertas huellas y en cierto modo va viendo con los ojos del alma, no solamente las páginas, sino casi los renglones mismos. Además de esto, si hubiere en lo escrito algún borrón, alguna dicción o mutación de alguna cosa, son ciertas señales que reflexionándolas no podemos errar”⁶.

Quintiliano conoce el procedimiento del verbo-motor, quien manipula su palabra interna y externa. De quien prepara su discurso interiormente sabemos por estas consideraciones: “La meditación en muy pocas horas abraza aun los asuntos de grande consideración. Ella, siempre que el sueño se interrumpe, se sirve de las tinieblas mismas de la noche. Ella encuentra algún lugar desocupado aun en medio de las ocupaciones diarias y nunca se halla ociosa. Y no sólo dispone dentro de sí misma el orden de las cosas, lo cual sólo bastaba, sino que une tan bien las palabras, y de tal suerte combina toda la oración, que no falte más que el escribirla. Porque muchísimas veces queda más fielmente impreso en la memoria lo que se amplifica sin ninguna seguridad para escribir”⁷.

⁵ *Instituciones*, X, cap. I, 2.

⁶ *Instituciones*, XI, cap. II, 4.

⁷ *Instituciones*, X, cap. VI.

“Hay otro ejercicio, que es el meditar y repasar todas las materias en silencio, con tal que pronuncie uno en cierto modo dentro de sí mismo, al cual en todo lugar y tiempo se puede recurrir cuando no hacemos otra cosa, y en parte es más útil que ese del cual hace poco hemos hablado”⁸.

La mutua dependencia de la voz y el oído en los oradores antiguos y modernos es un hecho comprobado. Hablar y oírse hablar, preparar el discurso hablando y oyendo supera el grafismo, conduce al término anhelado, a la improvisación. Quintiliano sabe cuánto significa tal ejercicio, que va creando la facultad de decir de repente, necesaria en todos los órdenes de la vida cotidiana; y por eso exige de la nodriza un lenguaje pulcro, pues el oído del niño le hará asimilar ese lenguaje; y quiere que el niño hable y desarrolle cierta facundia para hacerse verbòmotor.

“Hay un método —continúa el retórico hispanorromano— que al paso que no es desemejante a aquel de que primeramente hemos tratado, es más fácil y de más fundamento (si es que la experiencia me hã enseñado algo), que se reduce a aprender en voz baja. Pues lo que en otro tiempo era mejor, ahora también lo sería si otros pensamientos no ocuparan a cada paso el alma que se halla en cierto modo ociosa, por lo cual es necesario llamar su atención con la voz, para que la memoria tenga a un mismo tiempo dos estímulos, el de la lengua y el del oído”⁹. De esto surge que si

⁸ *Instituciones*, X, cap. VII, 3.

⁹ *Instituciones*, XI, cap. II, 4.

bien Quintiliano reconoce que el mucho escribir y el mucho hablar se ayudan mutuamente, el hablar mucho es el mejor procedimiento para el discurso preparado y la oratoria de improvisación.

De Catón es el famoso aserto, repetido por Boileau, de que lo bien concebido se expresa bien. Semejante juicio es erróneo, porque mientras el pensamiento no haya sido clareado por la palabra es oscuro. Además, ¿cuándo se ha concebido bien la idea? Precisa determinarla en un orden general de ideas; ubicarla en el grupo al cual pertenece; seleccionar y manipular eliminando ideas parásitas; desarrollar por la buena composición; iluminar mediante el lenguaje figurado persuasivo y docente, todo ello del dominio de la retórica, que sólo cuando penetra en las ideas y las hace hablar, podemos decir de ellas que están en sazón.

3. El orador es un verbomotor

Así enseñaba Quintiliano, y es verosímil que de Servio Galba, un antiguo forense de cualidades verbomotoras, conociera el procedimiento que usaba. “Galba —escribe Ajam— no empleaba ningún procedimiento de escritura. Es preciso confesar, eso sí, que sus medios eran un poco singulares. La víspera del día en que debía pronunciar una defensa, se encerraba con sus esclavos y les declamaba sus preparaciones. Al día siguiente salía, en un estado de excitación extraordinaria, los ojos centelleantes, vehemente, apa-

sionado, y se iba al Foro acompañado de sus desgraciados secretarios todavía magullados (*Male muleatos*, dice el texto) por los golpes que les había distribuido durante su laboriosa gestación. ¡Ciertamente Galba era un motor!"¹⁰.

Sin duda el método de Quintiliano nace de las experiencias del verbomotor. Si el método gráfico bastara, no habría tantos buenos escritores incapaces de pronunciar discursos, y todo gran escritor sería también gran orador, lo cual está negado por la experiencia.

Montaigne, un ágil conversador y lector asiduo de Quintiliano, sabía del espíritu de las *Instituciones* en este punto, cuando escribía: "Es necesario que lo que hablemos lo digamos en primer lugar a nosotros, y que lo hagamos sonar dentro de nuestras orejas antes de hacerlo oír a los extraños": ¿Han sido los *Ensayos* elaborados por el procedimiento del verbomotor antes de haber sido escritos?

De esto surge que nuestro preceptista es un precursor de la tipología psicoverbal. Después de darnos una clasificación muy somera de los tipos oratorios, según sus vías de conocimiento: visuales, gráfi-

¹⁰ Ajam, M., *El arte de hablar en público*, México, Bouret, 1923, p. 63. Algunos oradores hablan solos antes de hablar en la tribuna y provocan su propia emoción articulando con énfasis. Bajan la voz, la elevan, mueven las manos y caminan por su gabinete. Vergniaud ensayaba ante sus amigos fijándose en los rostros para ver la impresión que causaba; y acompañándose de la mímica y la voz acumulaba cargas emocionales para usarlas en el momento de improvisar. Este es el procedimiento de los verbomotores.

cas, auditivas, motoras, concluye con su encomio de la improvisación oratoria, y da sus mejores consejos. “La facilidad de perorar de repente —dice— es uno de los grandes frutos de los estudios y como cierto premio grandísimo de un dilatado trabajo; la cual facilidad quien no la consiguere puede, a mi parecer, renunciar a los cargos civiles y emplear en otras ocupaciones la facilidad sola de escribir, porque no le está bien a un hombre acreditado dar palabra de socorrer al público y faltar después a ella en los peligros evidentes, como mostrar el puerto adonde la nave no puede arribar sin ser llevada por suaves vientos”¹¹

De todos modos, cualesquiera que fueren los puntos de vista acerca de la cuestión insinuada en las *Instituciones*, está fuera de duda que Quintiliano ofrece, con motivo de ella, un rico material para los pedagogos.

¹¹ *Instituciones*, X, cap. VII, I.